

PRECIOS DE SUSCRICION.—Santander: un mes, 1 peseta 75 céntimos: tres meses, 4'50.—En el resto de España: tres meses, 5 pesetas.—Extranjero: seis meses, 20 idem.—Antillas Españolas: seis idem. 25 idem.—Repúblicas hispano-americanas: un año, 50 idem.—Pago adelantado.

PRECIOS DE ANUNCIOS.—Primera plana y gaceta, 0'25 céntimos de peseta línea.—Tercera plana, 10 idem de idem.—Cuarta plana, 5 idem de idem.—Comunicados, 0'25 idem de idem línea.—Papeletas de defunción, 5 pesetas.—Rebaja proporcionada al número de inserciones.

AÑO V.

Se suscribe en la Administración, Santander, calle del Puente, número 16, y en las principales librerías del reino.

El pago de las suscripciones será adelantado, remitiendo su importe en libranzas del Giro múltiplo ó en sellos de comunicaciones por carta certificada dirigida al Administrador del periódico, calle del Puente, número 16.

Boletín Religioso

Santo de hoy.—San Ildefonso, arz. de Toledo, y san Raimundo, conf.
Santo de mañana.—Ntra. Sra. de la Pas, y san Timoteo, ob.

Cultos.

En la Catedral.—A las nueve y media, misa conventual.—Por la tarde, á las tres y media, el rosario.

En el Cristo.—A las ocho, misa parroquial con plática.—A las dos y media de la tarde, explicación de doctrina cristiana á los niños.—A las tres y media, ejercicios de la congregación de las Hijas de María.—Al anochecer, el rosario.

En Consolación.—A las ocho, misa parroquial con plática.—A las diez y media, ejercicios de la congregación de San Luis Gonzaga.—A las tres rosario y doctrina cristiana.

En San Francisco.—A las nueve, misa parroquial.—A las diez y media, ejercicios de la congregación de San Estanislao.—A las dos, rosario de la V. O. T.—A las tres, explicación de doctrina cristiana.—A las cinco y media, función de San José, con S. D. M. espuesto y sermón á cargo de D. Alejandro Fernández Cueto.

En la Compañía.—A las nueve, misa parroquial cantada con plática que dirá el señor Cura párroco.—A las tres, explicación de doctrina cristiana á los niños.—Al toque de oraciones, el ejercicio de la confraternidad del inmaculado Corazón de María para la conversión de los pecadores.

En Santa Lucía.—A las nueve, misa parroquial.—A las diez y media, ejercicios de la congregación de la Milicia angélica de Santo Tomás de Aquino.—A las dos y media, explicación de doctrina.—A las cinco y media, la función mensual de Madres Cristianas é Hijas devotas de la Virgen; es ará S. D. M. de manifiesto y sermón á cargo de Eduardo Rodrigo.

LA VERDAD

Santander 23 de Enero de 1887.

En la imposibilidad de contestar individualmente á todas las personas que, con el doble motivo del restablecimiento de Su Alteza Real el príncipe D. Jaime y de la festividad de los Santos Reyes, han dirigido al señor Duque de Madrid sus felicitaciones, nos encarga el Sr. Melgar, como secretario de aquel augusto señor, y por orden suya, demos á todos las gracias en nombre del egregio desterrado.

(De *El Siglo Futuro*.)

LA MENDICIDAD.

Con este epígrafe publica un periódico liberal de Madrid un artículo, en el que se

lamenta del excesivo desarrollo que en la capital de España ha alcanzado el pauperismo.

Describe luego las diversas especies de mendicidad puestas en práctica.

Dice que en el extranjero no existen tantos pobres como en España, y habla del pésimo efecto que, en los naturales de otros países, produce la contemplación del excesivo número de mendigos que pululan por todas las poblaciones de España.

Excesivo es, en efecto. Pero también es excesiva la candidez de los liberales.

Suponiendo que no sea mala fé, la que les hace lamentar los efectos, y no querer investigar las causas.

Ni investigar las causas, ni remediar los efectos.

Pues no alcanza á remediarlos la semi-filantropía moderna, que de una parte establece sociedades protectoras de animales, y de otra quiere ejercer la caridad estoqueando novillos, cantando arias, ó haciendo piroetas; caridad esta última muy del agrado de algunas jóvenes, que hermanan de tan alegre modo la piedad y la ilustración, según declaran algunos, no sé si profetas, ó moralistas de esta localidad.

No; así no se ejerce la caridad.

Así no pueden remediarse los desconsoladores espectáculos que en las calles nos ofrece diariamente esa inmensa multitud de desvalidos que imploran la caridad pública.

Esos filantrópicos espectáculos y piadosas diversiones podrán servir á lo más para borrar los escrúpulos que asaltan á algunas personas, y les impiden asistir á ciertos actos.

Servirán para que, el que por educación ó temperamento, sea enemigo de ciertas diversiones, haga un pacto con su conciencia ó sus convicciones, y, con la máscara de caridad, se anime y resuelva á mezclarse con la turba multa de espectadores que creen, ó fingen creer, que están asistiendo á un acto piadoso, y que el dinero que entregaron, y la algarazara en que se hallan es altamente reproductiva para las clases menesterosas.

No; no es así como se remedian los males que adigen á la sociedad.

No es ese el modo de socorrer á nuestros semejantes.

No lo es; y poco trabajo nos costaría demostrarlo, si contáramos con tiempo para ello.

La caridad cristiana puede remediar tantos males.

La Iglesia puede conjurar y resolver ese que se llama pavoroso problema del pauperismo.

Cumpliendo todos en nuestras fuerzas el divino precepto: «ama á tu prójimo como á tí mismo.»

Recordando las promesas que nuestro Redentor hizo á los que en su nombre socorrieran á los semejantes, pueden aliviarse los males que afligen á las clases menesterosas

Y nunca más necesario que ahora ejercer la caridad.

En otros tiempos, en los tiempos ominosos del oscurantismo era la caridad virtud preciosa, y digno de loa quien la practicaba; pero no era tan necesaria é indispensable como ahora.

Los pobres encontraban siempre asilo donde cobijarse, y manos pródigas que les socorrieran.

Pero vinieron los gobiernos liberales, y destruyeron aquellos asilos, é hicieron desaparecer aquellas riquezas, privando de ellas á los pobres.

Al despojar á la Iglesia de sus bienes; al destruir los conventos, no solo cometieron un sacrilegio robo, no solo arrasaron monumentos admirables, recuerdos populares y tesoros de arte y poesía, sino que destruyeron los recursos para la caridad pública, y para las necesidades apremiantes de los pueblos.

Al consumir los doctrinarios liberales el atentado infame que idearon el odio y la avidez particular, causaron la ruina, no solo moral, sino también material de nuestra España.

No tuvieron en cuenta, porque su odio á la Iglesia no les permitía tenerlo, la opinión unánime de los viajeros ingleses y franceses protestantes ó libre pensadores.

No solo reconocían éstos en los desmontes monásticos el principal origen de la agricultura de España, sino que proclamaban la prosperidad de las posesiones con-

ventuales, los excelentes métodos de cultivo en ellas empleados, su superioridad sobre las posesiones reales y de la nobleza, y, sobre todo, los innumerables beneficios que prestaban á los pueblos aquellos propietarios industriales, perseverantes, y siempre residentes que empleaban el sobrante de sus rentas en mejorar el patrimonio, en adelantar dinero á los labradores pobres, y en socorrer pródigamente á los que, imposibilitados para el trabajo, se veían obligados á implorar la caridad pública.

Sobre los labradores pobres, sobre la agricultura, y sobre los mendigos pesó, sobre todo, la tiránica medida, el sacrilegio robo, el inmenso latrocinio llevado á cabo por los gobiernos liberales.

Estos son, en primer término, los culpables del espantoso pauperismo que todo lo invade, y al que no es posible conjurar si no se ayuda á la Iglesia, única que puede hacerlo.

Y admirable es la mala fé de los liberales. Se lamentan del mal.

Pero no quieren investigar las causas; porque de investigarlas tendrían que condenar lo que por otra parte están ensalzando.

Y también conocen los remedios; pero no quieren ponerlos en práctica, porque su odio sectario les impide reconocer la supremacía, poderosa influencia y benéfica doctrina de la Iglesia de Cristo.

Pisto político

Un *A vueta pluma* de *El Liberal*:

«Si *El Correo* fuera un periódico disidente, podría formar un partido.

Porque ya tiene programa. Cosa que hasta la fecha no pueden decir los liberales-reformistas.

Y el programa de *El Correo cae en copia* y todo, para que el vulgo no le olvide tan fácilmente.

Y es como sigue:
«Menos empleados y mejor pagados.»

Vamos, el colega quiere, como el Sr. Sagasta, que se mejore la suerte de los señores que forman el Consejo de Estado,

Porque ellos no hacen nada ni sirven para maldita la cosa.
«Pero los infelices no cobran más que tres mil duros anuales!»

al *Passatore* ó al *Lazzarini* (1). No: yo escribo la verdad y atribuyo los hechos á quien pertenecen, y si no tuviese á la vista la carta en que Ana refiere sus sueños y delirios de la noche del 20 al 21 de Julio de 1851, y otra carta de Ricardo que cuenta el arresto y las demás circunstancias hasta aquí narradas, no introduciría en mi relato estas cosas, que tendría no solo por delirios, sino por necedades. Y lo que aquí digo valdrá por todo lo que escribiré en esta mi narración verdaderamente histórica.

Pasada Imola, nuestros viajeros hicieron parar los caballos en Castel S. Pietro, donde tomaron café, despues de lo cual, con el cigarro en la boca, volvieron á subir al coche para ir á San Nicolás. No habían andado dos millas, cuando sien-to ya de día y estando el sol muy alto sobre el horizonte, el estóico dirigiéndose á Licinio:—Mira! le dijo... y le señaló con el índice en el campo á mano derecha.—Volviéronse todos hácia donde les señalaba Pedro, y convinieron en

(1) Nombres de bandoleros italianos.

XIII.

Los asesinos.

Nuestra buena Ana se representaba en su cama, donde la tenía desvelada la angustia, á los asesinos lanzándose sobre los cuatro jóvenes viajeros, y nosotros lo hemos creído delirio de su agitada fantasía. Y sin embargo ¿quién hubiera creído que aquel delirio debiese ser una realidad y un hecho?...

No vaya á creer mi lector que soy de aquellos que al escribir novelas, que llaman históricas, introducen acá y acullá hechos que son verdaderos, pero que no pertenecen á las personas cuya historia escriben. Un suceso, por ejemplo, acaecido en el camino de Nápoles á Caserta unos veinte ó treinta años atrás, lo cuentan como que sucedió en la vía Flaminia en el tiempo á que se refiere su novela; y lo que hizo el *Peluso* lo atribuyen

visas pareció oficial, quién preguntó: *A donde andar*, señores.

—A Bolonia, respondió Licinio.

—¡Ah! Bolonia... ¿el pasaporte?

—Anselmus, replicó en voz baja Licinio.

—¡Oh! bien... amigos... buen viaje.

—¡Al menos éste dice algunas palabras en italiano y se dá á entender! Pero mis *patani* (1) de Forlú no conocían ni un solo vocablo de nuestra lengua. Es un grave mal hablar sin poder darse á entender, y de cosas necesarias.

—Más por qué no le hablaste francés?

—También les hablé... Más como si les hubiese hablado en griego. Les dije *patatucchi*... Pero entre tanto hemos sacado de aquel enredo la palabra de la consigna.

—En verdad, repuso Licinio ya más calmado, que esta santa palabra nos ha librado de muchos disgustos...

(1) Nombre con que se designaba vulgarmente á los austriacos.

Y dice bien *El Correo*.
Lo cual que todo puede arreglarse.
Enseñando á esos infelices la puerta.
Y procurando que se den por bien pa-
gados.
La nacion se dará por servida.
Y tutti contenti.

Otro A *vuela pluma*, relacionado con el anterior:

«Tambien suponemos en qué ramo pretenderá el colega introducir economías, reduciendo el personal.

En el de policía.
Y en eso no le faltará razon.
Siquiera para que no murmure la gente.
Porque el día que no la haya, no se podrá cantar el coro de *Los hijos de Madrid*:

Jamás son presos los que delinquen... pero esos guardias ¿para qué sirven?»

Eso no nos lo pregunten á nosotros.
Ciudadanos pacíficos tiene la nacion española que sabrán responder.

Y sinó que se lo pregunten á Villaverde, que no dejará de acordarse de cierto lance acaecido hace pocos dias.

Verdad es que Villaverde puede decir aquello de:

Donde las dán las toman.
No siempre habian de ser los estudiantes las víctimas.

Un anuncio de *El Resumen*:
«Se alquilan trajes.»

Ya suponemos que trajes son.
Las casacas conservadoras que han vestido últimamente los amigos de Romero.

Y que ahora se han quitado.
Por razon de estado.
Y conveniencia

¿Tardarán mucho en mudarse la que ahora visten?

¡Bah!
¡Como si lo viéramos!
Al primer cambio de estacion.

No haya temor.
Los Sres. Romero Robledo y Castelar se embisten.

Pero se entienden.
Y no llega las angre al rio.

Véase lo que dice *El Progreso*:
«Se han visto y se han hablado los Sres. Romero Robledo y Castelar.

Este se ha encerrado en las declaraciones que hizo en *El Globo*.
Aquel ha celebrado cerciorarse de que se le habia informado mal.»

Lo suponíamos.
Liberal á liberal no se muerden.

Por eso cuando vemos que disputan *nuestros políticos liberales* exclamamos:
Son querellas de compadres de las que nadie hace caso.

De *El Progreso*:
«El gobierno parece decidido á no hacer caso de lo que le digan desde los bancos del partido

liberal reformista. Es una sa-
otra, pero no creemos que conve-
Es muy cómodo el procedimiento.

Es muy cómodo el procedimiento.
tillo, ministro de la Guerra, puede con-
todo el peso de la discusion en cualquier
parlamentaria.

El general Castillo no sabe hablar—y no le
hacemos por esto ningun cargo—á él. Al señor
Sagasta en todo caso.»

¿Por qué?
Hace muy bien el Sr. Sagasta.
Escoje ministros que no saben hablar.

Los enseña pacientemente.
Y de este modo dicen siempre lo que él
les enseña.

O lo que es lo mismo; lo que él quiere.
¿Cuántos disgustos se habria ahorrado
D. Mateo si Vega de Armijo, Gullon y de-
más disidentes no supieran hablar!

Desgraciadamente para Sagasta saben.
Y no se muerden la lengua.

Un recorte de *La Union*:
«Escribe *La Regencia*:

«A *La Union* no le parecería extraño que el
señor marqués de la Vega de Armijo tuviera una
naturaleza disidente y otra ministerial.

«Piensa *La Union*... que todos son de su
condicion.»
En efecto, en España hay muchos que son de
la condicion de *La Union*.

«Pero *La Regencia* es precisamente de la
otra.
Por esto es, á ratos disidentes, y á ratos mi-
nisterial.

«Como su inspirador y jefe.»
«Quien conozca á los mestizos, y lea lo que
antecede, no se asombrará.

«De las cosas de los mestizos nadie se
asombra.
Pero lo que es reirse...
Y no por lo gracioso.

Sino por lo fresco.»
Son palabras del presidente del Consejo
de ministros:

«Hay que mejorar la administracion pública
para convertir las oficinas del Estado, de asilo de
holgazanes, en centro verdadero de inteligencia,
moralidad y trabajo.»

Díjolo Sagasta.
Punto redondo.
Ya sospechábamos nosotros lo mismo.
Mejor dicho; ya lo sabíamos.

Lo que sospechamos es que los *holgaza-
nes* continúen en el asilo en el mismo estado
de somnolencia.

Y tampoco decimos bien.
Porque no solo lo sospechamos.
Casi, casi lo sabemos.

¡Ah valiente!
¡Y como se conoce la sangre jacarandosa
que tienes!

Hablamos con *El Diario Español*.
«Quien dice lo siguiente, puesto en jarras,
y echando resellos por la boca:

«Seguid todos cerrando contra nosotros, que
todavía nos queda para todos el aliento en el
corazon y fuerza constante en el espíritu.»

¡Vaya!

... tanto valentones que están ahora los
ales reformistas.

«Como que cuentan con la astucia del ex-
pollo!

¡Y con el chafarote de Lopez-Bernardo!
No les falta más que una cosa.
Alimento para restaurar las fuerzas.

Y ese es el que andan ellos buscando.
Pero tememos una cosa.
¿Se vá á cerrar la cocina!

Dice un diario romerista:
«Tengan un poco de paciencia, que todo se
andar.»

Nada.
Otro salto como el que han dado ahora.
Y ya están en lo alto.

O en lo bajo.
Si Manolo lo permite.
Porque debe tener ya complete el cupo de
arlequines.

Habla *El Imparcial*:
«Toda la prensa se ocupa estos dias de la cues-
tion de empleados, en cuya clase hay mucho va-
go indudablemente.

Los gobiernos no se han ocupado nunca de
este problema, y han hecho bien.
Cojer á un vago y dejarle cesante es inútil.
O, por lo menos, es dar un golpe en vago.»

Será una anomalía, si V. quiere.
Pero creemos que golpe en vago, y todo...
Sería aprovechado.

«Acaso el gobierno no quiera dar golpes
en vago.
Por no hacerse daño.

Y por no dar lugar á que otros vagos se
rieran con el acto.
Hace bien en no andar con vaguedades.

De *La Epoca*:
«Nadie dirá que están abiertas las Cortes, que
hay un grupo batallador, bastante por sí solo pa-
ra mover á los partidos, y que nos hallamos en
pleno período de evoluciones y en plena atmós-
fera de combate.

«Las Cámaras han discutido serenamente los
proyectos puestos á la órden del día, y en el
Congreso, donde el menor soplo de aire suele
levantar grandes remolinos, ni siquiera pudo ad-
vertirse el más ligero rumor.»

Siempre, antes de las grandes tormentas,
ha habido períodos de calma.

Y bien pudiera ser la calma que tanto es-
traña *La Epoca*, síntoma de próxima tem-
pestad.

Es muy probable que lo sea.
Y más que probable, seguro.
Nos alegraríamos.

Aún cuando no fuera más que por ver
danzar á los conservadores.
Y mudar el traje á *La Epoca*.

Se le mudaría de prisa.
Como ha hecho otras veces.

Epígrafe de un suelto de *El Estandarte*:
«Llueven bandidos.»

Ya hace tiempo; hace cincuenta años que
no llueve otra cosa.
Se nos antoja que pronto podremos decir:
¡Ya escampa!

Y no lloverán bandidos.
Lloverán estacazos.
Sobre los... liberales.

Señora Union:
«Harnos el favor de tener más... más...
vamos; no sabemos como decírtelo para que
no te incomodes; más franqueza con nos-
otros.

Y menos... pues, menos *disimulo* con la
verdad, cuando á nosotros te refieras.

Porque, ya ves, aunque de los mestizos
nadie hace caso, pues todo el mundo sabe
que ni el olmo puede dar peras, ni los mes-
tizos verdades, con vendria, sí señora, con-
vendria hacer las cosas con menos descaro,
y con más... *táctica*.

¿Te parece á tí, mesticilla... *desfigurada*,
dora, que es lícito decir ciertas cosas con
el cinismo que tú las dices?

¿Crees tú que se puede decir, no siendo
cierto, que *el periódico integrista* de
Santander arremate con D. Carlos, di-
ciéndole que no tiene más remedio que
ner por delegado en España al Sr. Nacod
y que sino no tendrá fuerza el partido car-
lista?

Porque eso no es cierto, *Union* me-
stiza.

Nosotros no hemos dicho eso.
Hemos dicho que los mestizos son mes-
tizos, y que, cuando no tienen otra cosa
que hacer, inventan cartas y telegramas
sin fijarse en las fechas, que hasta ahí llega
la falta de *táctica* de los mestizos.

Y de esos telegramas, y de esas cartas,
de la estólida candidez de los mestizos nos
hemos reido grandemente.

Y continuamos riendo.
Y seguiremos con la misma risa mientras
los mestizos sean mestizos; es decir, mien-
tras los mestizos hagan el oso.

Y cuando lo hagan tan... tan á lo vivo
como en la ocasion presente, diremos
dejar de reir:

Señores mestizos:
El octavo no mentir.

Reseña comercial.

Entraron: 2 862 sacos cacao, 290 fardos
calao Escocia, 55 id. francés banco, 260 id.
114.750 kilogramos Noruega, 528 sacos azúcar
50 id. café, 10 fardos cera, 37 bocoyes espíritu
21 id. aceite de oliva, 200 garrafones ginebra
12 fardos cueros y 30 pieles, 86 cajas jabón
114 tabales sardina, 60 sacos arroz y 92 cajas
pasas.

Y salieron, para la Habana; 5.508 sacos ha-
rina, por el nuevo vapor *Euskaró* de la com-
pañía *Bandera española*; y para la Península
3.884 sacos, tambien de harina, 350 id. cebada
260 id. salvado, y 20 id. maíz.

Raras transacciones se hacen en la plaza,
los artículos coloniales particularmente. Ya
vé, apenas hay pedidos de los mercados del in-
terior, por donde circula una multitud de viajeros
de casas inglesas, francesas y alemanas que ofen-
cen mercancías en condiciones más ventajosas
nuestro comercio, gracias á los tratados, no po-
de competir con ellos, y tiene forzosamente
permanecer cruzados de brazos.

Pero dijo esto como se dicen las palabras cuan-
do se está cansado y abatido. Ninguno contestó
á ello, y dejando caer sobre el pecho la cabeza,
que se balanceaba siguiendo los movimientos del
coche, se durmieron.—Entre tanto la pobre Ana
quedaba sumergida en la mayor afliccion. Des-
pues que Ricardo hubo partido permaneció más
de una hora apoyada en el balcon de su casa, co-
mo si debiese verle de nuevo y pudiera aquel vol-
ver: suspiró, lloró revolviendo en la mente mil
ideas ora apacibles, ora funestas. Por fin despues
de más de una hora se retiró para acostarse, pero
su descanso fué un continuo soñar desventural
para su Ricardo. Se le representaba preso por los
gendarmes, y maltratado y herido porque hacia
resistencia: la pobre creia verlo lleno de sangre
y de piés á cabeza... Los latidos del corazon...
la ansiedad la despertaban acongojada, y exclam-
maba.—Estoy soñando... No es verdad.—Oyó
dar el reloj de la ciudad; contó las horas: eran
las tres y media.—Ya estará fuera de las puertas
dijo. ¡Oh Jesus Salvador mio, amparadle: Ma-
dre mia!... ¡Qué no tropiece con la partida de,

Passatore!.. Ellos son cuatro. Más ¡qué podrían
hacer cuatro jóvenes sin armas? Este pensamien-
to le turbó la imaginacion. Ya le parecia ver á
los cuatro amigos entre diez ó doce de aquellos
malhechores, que apuntando sus trabucos sobre el
coche de aquellos pobres muchachos, los descar-
gaban todos á la vez. Están heridos... Ricardo
cae de bruces sobre el compañero que vá sentado
frente de él en el coche. Está herido en la cabe-
za.. bañado en sangre.. ¡Oh Dios mio!.. Exhala
los últimos suspiros.. No es verdad... ¡Son deli-
rios de mi fantasía!—Sin embargo la pobre se ha-
llaba en un estado de exaltacion que daba lásti-
ma; respiraba con fatiga y sentia oprimírsele el
corazon con la violencia de sus latidos. Tranqui-
lizóse no obstante, y... mañana ó pasado mañana,
dijo, recibiré carta suya... Descansemos.

que eran saltadores de la partida del *Passatore*.
Los contaron: dos y dos cuatro, y uno cinco.
No: que son dos... y uno...—Sean cinco ó
dijo Licinio, parece que vienen hácia nosotros
para cogernos la delantera... Postillon, para
baja de caballo, que vamos á batirnos con los
sinos.—Apeóse el postillon y tras de él los
jóvenes, los cuales estaban muy distantes
hallarse tan desprevenidos como creia la
Ana. Sacaron de la caja del coche cuatro car-
nas de dos cañones cargadas con balas forzadas
y cada una de las cuales tenia cierto secreto
la culata que contenia otros cinco tiros. Licinio
dió una á cada uno de sus compañeros, y se
condieron detrás de una alta breña, apartados
mo unos diez pasos el uno del otro.—Y
cion, dijo: haced con el cañon de la carabina
agujero en la maleza, y observemos los mo-
vimientos de esos bribones. Al dar la voz de fue-
disparemos todos á la vez. Yo apuntaré al pri-
ro de la derecha; tú, Tito, al segundo, Pedro
tercero, y tú Ricardo al cuarto. Apenas ha
disparado el primer tiro sin moveros, aplica-

